

# Pastores de Villaralto

Manuel Fernández

*(Diario Córdoba, 10-12-2005)*

Una de las caras más limpias del progreso y de los nuevos tiempos es su tacto para redimir. Y convertir en estética lo que un tiempo fue indigencia y sufrimiento. Ocurrió hace mucho tiempo con los patios cordobeses. De ser espacios imprescindibles para respirar, por no morir, de aquellas familias que se amontonaban en cuchitriles sin aseo la modernidad --y la necesaria vista turística-- los ha reconvertido en reclamos cada mes de mayo. Ahora, las pilas de lavar y los pozos son toques castizos que encajan en el encuadre de la máquina de fotografiar del turista, que se lleva el alma de mayo con sólo un click. Sólo sus viejas cuidadoras saben de aquellas penas que generan estas alegrías de ahora. Pero se lo callan porque forman parte de su historia. Y ahora va ocurrir --está ocurriendo-- en Villaralto. La Junta de Andalucía le ha otorgado la categoría oficial de museo al que allí se va a abrir sobre el pastor. (El de la matanza del cerdo en Alcaracejos no tiene toque doloroso --si acaso, para el cochino-- sino una reminiscencia de grandes comilonas los días que se podía). Las nuevas tecnologías convertirán en una clase didáctica lo que, en sus días, fueron amaneceres de sabañones, relentes de humedad sombría y noches de soledad desamparada y casi a la intemperie. Los pastores se ajustaban por San Miguel, en septiembre, y la indigencia los obligaba a vivir por esos campos de Dios con sus ovejas y sus chozos hasta la Pura o Navidad. El calendario festivo les marcaba, de tiempo en tiempo, un alto en su exilio y por Semana Santa y feria se calzaban sus zapatos nuevos, sus trajes de cuando se casaron y se lamentaban, con el vino de las tabernas, de su mala suerte. Ahora, Villaralto, con este museo del pastor, redime, de alguna manera, la memoria de sus antepasados, le confiere categoría estética y los divulga a los cuatro vientos. Aunque siendo justos, son los pastores quienes van a redimir a Villaralto.